

EL LENGUAJE COMO EJE DE LA ORGANIZACIÓN DIDÁCTICA DE UN AULA DE TRANSICIÓN

Por más de diez años en mi trabajo docente ha persistido la pregunta sobre ¿Cómo aportar elementos para lograr que los niños construyan las condiciones para formarse como ciudadanos y para que desarrollen sus potencialidades al máximo, con el fin de que construyan un lugar en el mundo social y académico? La decisión que tomé frente a este interrogante fue realizar un trabajo sostenido desde el fortalecimiento del lenguaje. Considero que los niños deben ser usuarios efectivos del lenguaje, deben ingresar al mundo de la cultura escrita, de la lectura, de la literatura como patrimonio de la humanidad. Los niños deben dominar el lenguaje escrito y estar en condiciones de participar en la vida social, lo que implica que construyan una voz que garantice esa participación en diversos espacios de la vida ciudadana y académica.

Mi formación, tanto de estudiante de escuela, como profesional, siempre estuvo marcada por enfoques de enseñanza del lenguaje de corte mecánico, y un tanto instrumental, en el que se enseña el lenguaje como un fin en sí mismo, de manera fragmentada, a través de actividades y rutinas sin mayor sentido. Por esto, fue necesario realizar un proceso de revisión de mis formas de enseñar, de mis conceptualizaciones y de los enfoques y referentes pedagógicos y didácticos que guiaban mi labor docente. Por esa razón, me vinculé a la Red Pido la Palabra del Tolima, un espacio en el que cada mes acuden maestros de diferentes grados y disciplinas, para tomar la práctica docente como objeto de reflexión y análisis crítico en búsqueda de la transformación del quehacer docente en el campo del lenguaje. A este espacio he pertenecido y permanecido constante a lo largo de diez años.

En este proceso de revisión, ajuste y fundamentación de mi práctica he investigado sobre mi forma de enseñar, acudido a teorías e investigaciones realizadas en otros contextos, lo cual me ha permitido alcanzar varias transformaciones que he sistematizado y publicado. Quiero mostrar algunos ejemplos, que tal vez permitan inferir la perspectiva desde la que oriento mi labor docente, y que desborda el acto de enseñar como una actividad de transmisión del saber, en un acto de enseñanza pensado desde una dimensión política y social.

Un día en el aula de transición

La experiencia¹ corresponde al trabajo sobre el desarrollo del lenguaje, aunque hay que aclarar que es uno de los componentes del trabajo pedagógico, no el único. Para abordar el lenguaje, he venido experimentando diversas formas de trabajo diario, permanente, en las que estructuro espacios y tiempos que organizan las acciones de la jornada escolar. La primera parte del día, la constituyen actividades denominadas “permanentes” porque se realizan a diario de 7:30 a 9:30 a.m. y que internamente, van aumentando de manera progresiva su complejidad. Estas son: Conversación libre, lectura silenciosa y lectura compartida, lectura por parte de la docente (en voz alta), conversación en grupo (todos en mesa redonda), fecha, agenda y asistencia. A cada uno de ellos, se dedica aproximadamente 20 minutos.

En la otra parte de la jornada (10:15 a 12:00 a.m.), después de que los niños han disfrutado su refrigerio y recreo, se desarrollan diferentes actividades en los distintos días de la semana: trabajo por proyectos (se exploran las diferentes dimensiones y procesos de la educación inicial) y trabajo de escritura en el que se profundizan aspectos específicos, no abordados en los proyectos (como la diversidad textual, la

¹ Esta experiencia se lleva a cabo desde hace 5 años en el municipio de Flandes-Tolima. En la sede Jorge Eliecer Gaitán, la más pequeña de las 3 de la Institución Educativa “Manuela Omaña” y que se localiza a la rivera del río Magdalena. En la que laboro hace 17 años. El grupo lo conforman 25 niños, de estrato socio-económico “bajo” que ingresan por primera vez a la escolaridad.

comprensión de texto, los conocimientos lingüísticos, entre otros). Se incluye también espacios para un trabajo puntual en arte y expresión, música, juego y deporte. Todo lo anterior, se ha logrado incorporar al sistema de evaluación institucional.

Cada espacio tiene un propósito específico, una estructura y condiciones particulares. Por ejemplo, para la conversación libre, los niños al llegar al aula, eligen compañeros y forman pequeños grupos con los que abordan temas de su interés. El propósito didáctico consiste en darles a los niños un espacio de habla “gratuita” para que construyan su voz, reconozcan las condiciones y límites de una conversación pública y, a la vez, avancen en el conocimiento de las condiciones para el habla formal.

Otros espacios son la lectura silenciosa y la lectura compartida, en las que los niños exploran el mundo de la cultura escrita a través de diversas modalidades de lectura. En la primera de ellas, los niños escogen un libro y lo exploran en silencio. Esta elección, es posible gracias a la diversidad de textos que les llevo al aula y que responden a los intereses de los niños y al conocimiento que he logrado en mi recorrido como lectora y docente de niños de cuatro a seis años de edad. Así, ellos aprenden a reconocer los libros como portadores de historias, de información, de experiencias nuevas en el mundo de lo simbólico.

También, aprenden cosas básicas como tomar un libro, cuidarlo, identificar sus partes, explorar contenidos, páginas, imágenes, palabras. Con mi orientación, los niños van comprendiendo que los libros tienen autor, ilustrador, que son parte de colecciones y publicados por editoriales (aprenden a identificar los libros por estas particularidades). Se especializan pasando las páginas, leyendo historias en las imágenes, tocando las palabras y siguiendo el recorrido de la lectura con su dedito. Otros, dan vuelta al libro, lo cierra e inician de nuevo, saben lo que significa leer y releer. Realmente se desempeñan como unos lectores, si se tiene en cuenta que la lectura silenciosa es una modalidad que a los pequeños suele generarles cierta dificultad.

Para la lectura compartida, los niños eligen un libro (de excelente calidad literaria) dentro de la diversidad que les llevo de la biblioteca pública para que lo exploren, intenten leerlo, conversen sobre él con sus compañeros, con el fin de que el niño se familiarice con el mundo del libro, se interese por sus contenidos y a la vez vaya encontrando el sentido a la lectura. En ese espacio suele surgir el interés explícito por leer: “profe, léeme este libro”, “Me das el que me gusta”, “Me lo puedo llevar a la casa”, “Mañana me lo prestas de nuevo”. De allí, se retoman sus intereses para luego leerle en voz alta algunos de esos libros, también se abre la posibilidad de prestar con algunas condiciones y orientaciones los libros para llevarlos a casa y leer en familia.

De este modo, se puede observar la forma como los niños interactúan con los libros, y entre ellos mismos, lo que me permite identificar los niveles de aproximación al texto, de su recorrido lector y de la trayectoria individual hacia la cultura escrita. No se trata solo de aprender a leer convencionalmente, sino de ingresar a la cultura escrita, más concretamente ingresar a una práctica social de la lectura, pero con el paso de los meses, allí va apareciendo la lectura convencional, como un efecto, claro está, de diferentes situaciones que se realizan en otros espacios de trabajo.

La lectura en voz alta por parte de la docente, se realiza en un lugar específico en el aula, con cojines para que los niños se sienten muy cerca de la silla en la cual me ubico para leerles. Así puedo tener contacto visual y control del grupo. Al leer, voy girando el libro con tal detenimiento, que todos pueden ver las imágenes y seguir la secuencia de la historia. La lectura se prepara muy bien, con entonaciones, pausas, tonos de voz, etcétera. Es una lectura cargada de emoción en la que al iniciar,

siempre, les muestro el nombre del autor, del ilustrador, la editorial y muchas veces les amplío información al respecto.

En algunas ocasiones, recorro a las anticipaciones a partir de la presentación del título y la portada: ¿sobre qué o quién creen que es la historia que leeremos? En otras ocasiones la lectura se va interrumpiendo con algunos comentarios de mi parte, o de los niños sobre sus anticipaciones sobre: “¿y qué creen que pasará ahora?”. En otras ocasiones el libro se lee sin interrupciones, comentarios o anticipaciones. La idea es variar las modalidades de lectura en voz alta y que mis formas de mediación, faciliten al niño descubrir la potencia de la historia, de los personajes, del tiempo y lugares.

Pasados dos o tres meses, les propongo a los niños leer en voz alta, como lo hago yo. Para ellos, resulta muy retador pero lo asumen. Para esto, los niños elijen el libro que quieren leer a sus compañeros, lo levantan a casa y se preparan frente a su familia. Pueden leer un fragmento, una página, solo el título, Esto en función del nivel de exploración e interés de cada niño. Se trata de ir construyendo el interés por leer en voz alta, de preparar sus lecturas para garantizar el éxito al leer en público.

Por último, la conversación en grupo. Los niños se organizan en mesa redonda para conversar sobre un tema de interés común, solucionar conflictos, hacer reflexiones, planeaciones, revisar aprendizajes y compartir experiencias. El propósito es construir las reglas y condiciones para el habla formal, colectiva, en aprender a pedir la palabra, escuchar, respetar turnos, hacer comentarios, preguntas o responder a ellas. Esta forma de interacción me ha permitido regular la vida del aula, de forma participativa, transformar las formas de evaluar y obtener un aula tranquila, distencionada.

Las otras actividades como la fecha, la agenda y la asistencia son espacios para explorar sistemáticamente la construcción de las hipótesis sobre el lenguaje escrito y el trabajo sobre la numeración. Diariamente, uno de los niños organiza la fecha (escribe en el tablero, la ordena en fichas) como una oportunidad para la reflexión colectiva sobre las hipótesis de pensamiento que se van construyendo sobre el funcionamiento del sistema escrito. Realizar la agenda, permite explorar el espacio gráfico de la hoja, reflexionar sobre características de la escritura (direccionalidad, linealidad) y construir referentes de escritura para ser utilizados en otros momentos.

Para el caso de la asistencia, se realiza de diferentes formas a lo largo del año. Los niños buscan su nombre en una cartelera y lo marcan, escriben su nombre en tiras de papel, según la hipótesis en que se encuentran, y los pegan debajo de su nombre en la cartelera, lo arman con fichas que tienen los nombres o letras que corresponden a uno solo de sus nombres. En cada caso, los niños se enfrentan y resuelven problemas que les implica ir comprendiendo el funcionamiento del sistema escrito, hasta que logran un acercamiento a la convencionalidad y otros hasta un dominio total de ella.

Con el paso del año escolar, estos espacios permiten la instalación y posicionamiento de las prácticas de lectura, escritura y habla, y la participación de los niños con tal propiedad que se constituyen en rituales que se van despojando de pautas rígidas, porque ellos mismos los reclaman diariamente e inclusive exigen en sus siguientes grados de escolaridad. En fin, no hay requisitos para que los niños de Transición participen en prácticas de aula socioculturales como lo plantea el modelo pedagógico de la institución, todo depende de las concepciones y claridades teóricas que uno como docente tenga para direccionar el trabajo en el aula.

Esta es una somera descripción de un día en el aula de transición en la que se trabaja para formar a los niños como futuros ciudadanos, fortaleciendo los procesos del lenguaje como condiciones de la vida social y académica.